



Las representaciones del páramo y el conflicto indígena en dos cuentos de *Las voladoras* de Mónica Ojeda

The representations of the paramo and the indigenous conflict in two short stories of Monica Ojeda's Las voladoras

A representação do paramo e o conflito indígena em dois narrativas do Las voladoras do Mónica Ojeda

● **Fernando Montenegro.** Universidad de las Artes, Ecuador. mario.montenegro@uartes.edu.ec, <https://orcid.org/0000-0002-5980-5570>

Recibido: 23-04-2024 / **Aprobado:** 02-07-2024 / **Publicado:** 13-12-2024

Resumen

El presente artículo considera un momento clave de la historia reciente del Ecuador, el ciclo de protestas de octubre del 2019, para comprender la crisis actual. Casi cinco años después de este acontecimiento resulta claro que la degradación de la democracia ecuatoriana ha tenido repercusiones que lo han llevado a convertirse en uno de los países más peligrosos del mundo. Esta degradación resulta imposible de entender sin el ciclo de protestas de 2019 donde se plantearon las tensiones no solo en su dimensión política y económica, sino simbólica, sobre todo, respecto a la cuestión indígena. Un libro relativamente reciente de la escritora guayaquileña Mónica Ojeda ofrece una oportunidad valiosa para revisar la naturaleza simbólica de estas tensiones a través de una lectura comparativa (o cruzada) con el libro publicado por Leonidas Iza en 2021 *Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador*.

Palabras clave: Mónica Ojeda, literatura ecuatoriana, octubre 2019, Leonidas Iza, crítica de la economía política, teoría marxista de la dependencia.

Abstract

This article considers a key moment in Ecuadorian's recent history: the cycle of protests that took place in October 2019. This episodes of social protest are crucial to comprehend the current crisis in the Andean country. Almost five years after the events it remains clear that the degradation of Ecuadorian Democracy has had such a devastating effect that transformed this nation into one of the most dangerous in the world. This degradation is impossible to understand without taking into account the cycle of protests in 2019, which pointed out not only the political and economic dimensions of the conflict, but its symbolic nature, especially regarding the indigenous question. A relatively recent book of Ecuadorian writer Mónica Ojeda offers a valuable opportunity to reflect on the symbolic nature of this conflict through a comparative study with indigenous leader Leonidas Iza's book *Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador*.

Keywords: Mónica Ojeda, Ecuadorian literature, October 2019, Leonidas Iza, critique of political economy, marxist theory of dependency.

Resumo

O presente artigo considera um momento chave da história recente do Equador, o ciclo de protestos de outubro de 2019, para compreender a crise atual. Quase cinco anos após esse acontecimento, fica claro que a degradação da democracia equatoriana teve repercussões que a tornaram um dos países mais perigosos do mundo. Essa degradação é impossível de entender sem o ciclo de protestos de 2019, onde as tensões foram levantadas não apenas em sua dimensão política e econômica, mas, sobretudo, simbólica, em relação à questão indígena. Um livro relativamente recente da escritora guayaquilenha Mónica Ojeda oferece uma oportunidade valiosa para revisar a natureza simbólica dessas tensões através de uma leitura comparativa (ou cruzada) com o livro publicado por Leonidas Iza em 2021, *Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador*. ris contemporâneas.

Palavras chave: Mónica Ojeda, literatura equatoriana, outubro de 2019, Leonidas Iza, crítica da economia política, teoria marxista da dependência.

Cómo citar: Montenegro, F. (2024). Las representaciones del páramo y el conflicto indígena en dos cuentos de *Las voladoras* de Mónica Ojeda, *Pucara*, 35 (2), 31-46. <https://doi.org/10.18537/puc.35.02.03>

1. Presentación del problema: el levantamiento de octubre de 2019 en el Ecuador y su recepción en el campo cultural

El 14 de junio del 2022, Leonidas Iza, presidente de la CONAIE, fue secuestrado por miembros de la Policía Nacional del Ecuador mientras lideró una movilización en la provincia de Cotopaxi. Días después de este hecho violento se reunió con Guillermo Lasso, entonces Presidente del Ecuador. Cuando terminó la negociación el equipo de seguridad de la presidencia buscaba impedir que Iza dialogue con la prensa local que, por su parte, aguardaba impacientemente los resultados de la reunión. Lo que se juega es el precio y el subsidio de los combustibles. En días posteriores, Iza informó sobre las propuestas extendidas al Presidente de la República. Explicó también que las demandas de la CONAIE (Iza las llama propuestas) exceden el precio de la gasolina que afecta especialmente a campesinos y pequeños productores de las zonas rurales del país.

En esa reunión, que no fue televisada en vivo, pese al pedido de la CONAIE, se plantearon seis propuestas: fijar el precio del combustible, de los productos agrícolas y mejorar la situación de agricultores en el sector productivo, aliviar el sistema financiero y la moratoria de créditos, reducir la producción petrolera y minera, retirar la política laboral y la Ley Creando Oportunidades y permitir la aplicación de derechos colectivos de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas.

Durante los meses que siguieron esta reunión hasta el decreto de muerte cruzada en mayo del 2023, Leonidas Iza había tenido varias apariciones en medios de comunicación donde insistía en las razones por las cuales demandaba que el entonces presidente derogase los artículos en los que se prescribe la eliminación de los subsidios para los combustibles. Lasso salió del poder sin atender esta demanda y, no solo eso, el precio de la gasolina siguió incrementándose, vía decreto, en la presidencia de Daniel Noboa que ocupa ese cargo desde octubre del 2023.

El recorte al subsidio de los combustibles fue el principal detonante de los episodios de octubre de 2019, este problema acarreó muertes en las calles y una crisis política que hoy solo se acentúa y agrava con el aumento de la pobreza extrema y una oleada de violencia sin precedentes en la historia ecuatoriana, síntoma inequívoco de abandono del estado a través de la imposición de una agenda de políticas neoliberales que se instauró a partir del gobierno de Lenin Moreno, continuó con el de Lasso y sigue vigente en el gobierno de Noboa. Si algo nos queda claro en este momento histórico es que la rebelión de octubre constituye un hecho sin el cual no se puede entender la situación política del Ecuador actual.

Resulta imposible comprender, por ejemplo, el ascenso de la extrema derecha, la agenda programática de resistencia en las izquierdas, sobre todo la representada por el presidente de la CONAIE, Leonidas Iza. Sin octubre de 2019 tampoco se puede entender, con claridad, cuál

es el espacio político que ocupa el correísmo (principal fuerza política en la Asamblea Nacional) que parece atrapado entre ambos polos y que jugó un papel ambiguo en los acontecimientos de 2019. Ambiguo porque, como claramente lo expresa el propio Leonidas Iza, el objetivo de la rebelión era, entre otros, denunciar y resistir al modelo desarrollista impulsado por el propio Correa en los diez años de su mandato. Ouviaña (2021), lo explica de la siguiente manera:

A la vuelta de la historia, hoy resulta evidente que los tiempos y dinámicas electorales en su diseño y configuración burguesa tradicional (a los que se supeditaron prácticamente la totalidad de los gobiernos, así como no pocos partidos y organizaciones que se presumían de izquierda), no suelen ser compatibles con las transformaciones radicales requeridas por las fuerzas anticapitalistas (p. 23).

Las tensiones entre estas facciones de la política ecuatoriana fueron de tal intensidad que, cuando las izquierdas se vieron amenazadas por el ascenso de Lasso en 2021, se vieron así mismo incapacitadas de formular un frente político que impida su victoria, pues como sugiere Ouviaña, en Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador, la CONAIE percibe en el correísmo los mismos rasgos de la derecha. La consecuencia de esta tensión fue la victoria de Lasso y las derivaciones del triunfo electoral de la extrema derecha se observaron solo seis meses después de asumida la oficina presidencial con recortes en salud, educación, una grave conmoción social definida por el ascenso sin antecedentes de muertes violentas. Aun así, es importante aclarar, que las demandas populares encarnadas por la CONAIE no son en ningún sentido nuevas, sino que están representadas en la rebelión de octubre del 2019 como un episodio más en un largo proceso histórico que nos lleva hasta la década de los noventa.

Ahora bien, no es el interés de mi trabajo hacer una revisión de la rebelión de octubre en el

Ecuador y sus repercusiones a cinco años de los acontecimientos, sino más bien ofrecer una reflexión crítica a partir de mi campo, que es el literario, concretamente a partir de una lectura de *Las voladoras*. La justificación de este desvío nace de la necesidad de explorar el conflicto en el campo de lo simbólico, porque me parece que está relacionado con los modos de representación del mundo indígena que es un problema histórico del arte y la literatura ecuatoriana.

El libro de Ojeda ofrece una oportunidad de observar este conflicto en un momento histórico concreto y resulta sintomático de lo profundas que son las incomprensiones mutuas entre los sectores racializados del país y la burguesía blanco-mestiza que es la que ostenta el dominio sobre el campo cultural ecuatoriano. Ojeda es, sin duda, una escritora de gran valor en el panorama literario local cuya obra, en mi opinión, plantea una crítica rabiosa contra el racismo estructural que subyace las relaciones sociales en el Ecuador, sin embargo, también reproduce un gesto de apropiación simbólica de lo indígena que resulta problemático, no por el gesto en sí mismo, que es, por otro lado, inevitable, sino por los efectos que tiene en nuestra comprensión del problema del mundo indígena. Este no es un problema exclusivo de Ojeda, por supuesto, sino de la naturaleza de un campo literario —no solo ecuatoriano, sino, me temo, latinoamericano— que en opinión de Antonio Cornejo Polar (2016) “lo que hace es ofrecer imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo sólo son pertinentes para quienes conviene imaginar nuestras sociedades como tersos y nada conflictivos espacios de convivencia” (p. 116).

En *Las voladoras* en ningún sentido se desatiende la conflictividad del mundo que retrata en su libro, sin embargo, desde mi punto de vista, esas representaciones de lo indígena fallan en dar cuenta de la dimensión económica y política que subyace a las tensiones simbólicas que trabaja con tanta lucidez y virtuosismo.

De allí la insistencia en volver una y otra vez a los planteamientos de Iza. Existe un riesgo en reducir el conflicto al estrato de lo simbólico o, dicho de otra manera, de purificar lo simbólico de las categorías económicas y políticas que lo rigen. La consistente mención al problema del precio de los productos agrícolas, en su compleja relación con los de la gasolina y en vínculo con la naturaleza extractivista y dependiente de la economía ecuatoriana, son a veces poco comprendidos, inclusive, por ciertos sectores de la izquierda, a quienes les conviene asimilar lo indígena como un problema que se disputa exclusivamente en el terreno de la identidad.

Las demandas históricas articuladas por la CONAIE rebasan, con creces, la lucha meramente simbólica por la reivindicación histórica de los pueblos indígenas. En otras palabras, la simpatía que ha causado entre los sectores intelectuales y —el que más compete a artículo— culturales del país está más relacionada con motivaciones de índole identitaria, que con una lucha por las condiciones económicas y, concretamente, con las condiciones laborales y de acumulación de los sectores representados por la CONAIE que no son exclusivamente campesinos, sino que incluyen también a los sectores populares y a la clase trabajadora.

La mirada infantilista e infantilizadora por parte de las izquierdas vinculadas a sectores académicos y artísticos, no nos deja entender las fuerzas que impulsan al movimiento histórico de octubre 2019 y junio 2021, el cual podría ser mejor entendido con el concepto de lucha de clases y de superexplotación del trabajo, que con las categorías provenientes de los estudios culturales que dominan, sobre todo, el campo literario y artístico en el Ecuador que es a partir del cual parte esta reflexión. La ausencia cada vez más preocupante del marxismo en el campo de las artes, pese a que hay una gran tradición marxista especialmente en los estudios literarios ecuatorianos, impide observar con suficiente destreza la complejidad del asunto.

Sin embargo, iniciaremos el análisis describiendo los modos de representación reciente que se observan en la obra de Ojeda, que resultan útiles para comprender esa “incomprensión”. La literatura no está exenta de esta discusión, al contrario: al pertenecer a eso que Marx llamó las superestructuras ideológicas, ofrece un panorama fértil para el análisis. Así lo define Jean Freville en el prólogo a los comentarios literarios de Marx y Engels:

La literatura como el arte, es, pues, una superestructura ideológica que se eleva sobre la base de condiciones económicas dadas, pero que tiene un desarrollo propio y sufre, a pesar de su autonomía relativa los efectos de otras superestructuras ideológicas —filosofía, ciencias, derecho, moral, religión, etc.—; a su vez, reacciona sobre la sociedad de la cual es expresión y contribuye a modificarla (Freville en Marx y Engels, 1940, p. 12).

Ahorabien, es necesario aclarar que la perspectiva marxista con la que se está trabajando no está interesada en la representación directa de la realidad ni espera de una obra literaria que su temática sea concomitante con los problemas políticos y económicos de una sociedad dada (esto algo que hacía el realismo social), sino que lidia con el problema de la forma o, mejor dicho, con el contenido de la forma —que es, por definición, ideológico— como el mecanismo con el que la literatura metaboliza simbólicamente la realidad en tanto la confluencia de tres círculos concéntricos que incluyen, necesariamente, lo político, lo social y lo histórico. La literatura simboliza la realidad, pero lo hace intermediada (e intervenida) por esas determinaciones, con lo cual la interpretación de un texto literario debe considerar lo político “not as an auxiliary to other interpretive methods current today, but rather as the absolute horizon of all reading and all interpretation” (Jameson, 1983, p. 2).

Lo político, en el sentido sugerido por Marx, está determinado por la historia de la lucha de clases, es decir, por la historia ininterrumpida

del conflicto. En ese sentido, Jameson argumenta que “it is detecting the traces of that uninterrupted narrative, in restoring to the surface of the text the repressed and buried reality of this fundamental history, that the doctrine of a political unconscious finds its function and its necessity” (Jameson, 1983, p. 6). Con ello la tarea de la crítica literaria implica encontrar esas formas en que el inconsciente político se manifiesta en un plano diacrónico. La obra literaria, de este modo, no puede aparecer en su singularidad radical, sino siempre en relación con otras escrituras o textualidades que no necesariamente pertenecen a su campo. De allí que mi análisis de la obra de Ojeda tiene como horizonte el libro de Leonidas Iza, como un documento que pone de manifiesto no solamente las tensiones estructurales que subyacen el mundo que la autora pretende representar en su obra, sino también la carga ineludiblemente política de todo lenguaje.

2. Las voladoras de Mónica Ojeda: un síntoma contingente de la representación de lo indígena en el Ecuador

La producción literaria ecuatoriana se encuentra en una posición inédita. Un conjunto de escritoras ecuatorianas, encabezadas por Mónica Ojeda, han adquirido una nada desdeñable notoriedad en el mercado editorial internacional, especialmente en España. Ojeda, en particular, traducida ya a varias lenguas se ha convertido en una de las referentes más importantes de la literatura ecuatoriana contemporánea. Escritora guayaquileña, empezó su carrera de manera muy temprana y celebrada con sus novelas *La desfiguración Silva*, *Nefando*, *Mandíbula* y *Las voladoras*.

Resulta interesante —e ineludible— revisar el contexto histórico en el que apareció este libro antes de empezar con el análisis. *Las voladoras* fue presentada por primera vez en el Ecuador el 12 de octubre de ese año, en la Feria del Libro de Guayaquil. Fue realizada por la también escritora guayaquileña María Fernanda Ampuero, quien fue en el año 2019, directora de la Feria

Internacional del Libro de Quito, dignidad a la que accedió durante el gobierno de Lenin Moreno. Este dato parece anecdótico, pero en ningún sentido lo es, puesto que Ampuero mostró claras muestras de apoyo a la entonces Ministra de Gobierno, María Paula Romo, durante la fuerte represión de la que fueron víctimas los manifestantes. Romo ha sido señalada como una de las principales responsables de la acción policial que resultó en el asesinato de más de una docena de ecuatorianos durante los hechos de octubre de 2019, al punto que fue destituida de su cargo por la Asamblea Nacional en noviembre de 2020. A continuación unas declaraciones de Ampuero relativas a esos acontecimientos:

En Ecuador tenemos una Ministra del Interior. La critican mucho. La llaman fascista. Pero a pesar de todo lo que se destruyó, no sacó tanques como si creo, perdón, que hubiera hecho un hombre. No cayó en esa cosa visceral de ‘los matamos ahorita’. Respiró y se lo pensó (Redacción Primicias, 24 de noviembre de 2020).

La presentación de ese libro ocurría exactamente un año después de los hechos de octubre 2019 —mientras Ampuero planificaba la FIL Quito de ese año— aunque esta fecha conmemorativa no recibió una sola mención de las panelistas. Esta omisión resulta curiosa, no solo por la icónica fecha para el mundo indígena, sino, precisamente, porque la propia Ojeda ha repetido en innumerables ocasiones que *Las voladoras* es un libro que se debe inscribir en el llamado gótico andino —término acuñado por el académico ecuatoriano Álvaro Alemán y estudiado por otros pares como Iván Rodrigo-Mendizábal— y “el imaginario indígena” es absolutamente central en estos relatos. En esa misma presentación, Ojeda describe al gótico andino de la siguiente manera: “Para mí el gótico andino está en los mitos, en la mitología andina, indígena, de las montañas, de la altura, de la simbología, en el paisaje, en el horror de las ciudades andinas, pero también de los páramos” (Sobrevolando el gótico andino: presentación de *Las voladoras*, 21’30).

La omisión de Ampuero y Ojeda durante el conversatorio puede parecer secundaria pero no lo es en ningún sentido. Un año antes, tras el anuncio de que varios colectivos sociales relacionados con la CONAIE llegarían a la ciudad de Guayaquil para sumarse a las protestas que ya habían producido un estallido social en Quito, la alcaldesa de la extrema derecha de la ciudad ordenó clausurar el puente de la Unidad Nacional que conecta a Guayaquil con el resto del país. Fueron también tristemente célebres las palabras del ex-alcalde de la ciudad y líder político de la derecha ecuatoriana, Jaime Nebot, quien, ante los anuncios de movilización en la ciudad portuaria exclamó: “Recomiéndeles que se queden en el páramo”.

Quisiera conectar y diferenciar claramente estas declaraciones racistas de Nebot y a las acciones beligerantes que se desplegaron tras ellas, con otras de Mónica Ojeda a propósito de su libro *Las voladoras* y en relación con el espacio donde ocurren estos relatos tanto como una caracterización de lo “gótico andino”:

De hecho es algo que no está para nada estudiado, ni siquiera está asumido del todo. Lo escuché una vez a un académico en Ecuador que acuñó el término gótico andino, en un congreso literario, y luego un montón de gente empezó a hablar de eso, pero casi que en el habla cotidiana para aludir a cierto miedo ligado a un paisaje determinado. Y cuando me refiero a un paisaje determinado resulta evidente que estoy hablando del miedo y de volcanes y de páramos y de valles y de ciudades andinas, pero sobre todo estoy hablando de mitologías. Todo ese paisaje está, digamos, construido en torno a mitologías ancestrales indígenas, incaicas incluso, que perduran al día de hoy. En el mundo andino convive lo ancestral con el presente y con el futuro. Es lo que quise que se experimentara a través de la escritura. Todos los góticos –el del Sur, el inglés– hablan de los mismos terrores humanos pero tienen las particularidades

de las geografías. Quería investigar el miedo, y su relación con la geografía y la importancia simbólica y mitológica. Se dio esta versión mía, libérrima, de lo que es el gótico andino (Gascón, 2020, párr. 6).

Queda claro que, pese a sus enormes diferencias políticas, tanto para Ojeda como para Nebot la idea del páramo (como sinécdoque de lo andino) tienen una referencia al mismo tiempo geográfica y simbólica. Ojeda ha insistido, efectivamente, que su interés en ello es de carácter exclusivamente simbólico y aunque es claro que no comparte la actitud racista de Nebot, sí parecen coincidir en ciertas definiciones del páramo y, en consecuencia, miran con cierta distancia respecto la cuestión indígena en el Ecuador, representada en ese momento histórico por los acontecimientos de octubre 2019. Esta incompreensión, insisto, resuena en un campo literario que se prohíbe observar la dimensión político económica del páramo y que busca sintetizarlo a su más elemental simbolismo. En ocasiones, para el campo cultural el páramo es un espacio imaginario abstraído de sus tensas relaciones políticas.

Esto último lo digo considerando también que Ojeda ha sido muy activa en casi todas sus intervenciones públicas, sobre todo cuando se manifiesta contra el racismo del que ella misma es víctima, pues reside en Madrid desde hace varios años y se describe a sí misma como una inmigrante. Aquí uno de sus varios tweets comentando el asunto el 18 de julio de 2021: “Estoy un poco cansada ya de que la gente niegue el racismo estructural porque, según ellos, eso no existe, sino la “aporofobia”. Otra forma más de invisibilizar que la pobreza está, no sé, RACIALIZADA” (Ojeda, 18 de julio de 2021 [Tweet]). Se traen a la discusión estos comentarios “extra-literarios” de la autora ecuatoriana, porque dan cuenta de su profunda conciencia sobre la violencia racista que determina las relaciones humanas en el mundo contemporáneo.

Las voladoras, fue publicada con tal impacto que fue declarada por el prestigioso suplemento literario Babelia, del diario *El País* de España, como uno de los cincuenta libros más importantes del año. Desde un punto de vista estético sin duda se trata de una colección de cuentos muy bien lograda, aunque ciertamente desigual, puesto que contiene relatos con distintas densidades narrativas y otros donde no se habla sobre el mundo indígena en absoluto. Un ejemplo de ello es “Caninos”, publicado previamente en la editorial Turbina y donde el mundo andino no aparece ni como telón de fondo. La autora guayaquileña logra reproducir algunas de sus temáticas conocidas como el terror y la violencia —especialmente, la violencia ejercida contra las mujeres—, a un escenario inusual en sus dos novelas anteriores: los andes ecuatorianos. El primer relato, “Las voladoras” es el que le da nombre al volumen y el que tiene la función, según lo ha mencionado Ojeda en varias entrevistas, de imponer una atmósfera y un tono en la colección. Sin embargo, en el presente análisis me voy a detener en solo dos relatos: “Soroche” y “El mundo de arriba y el mundo de abajo”.

“Soroche”

Soroche, en el Ecuador, es una palabra utilizada para referirse al mal producido por la exposición a la altura. Es un tema que afecta especialmente a las personas de la costa que viajan a la sierra y sufren una serie de síntomas que incluyen dolor de cabeza, mareo y un malestar generalizado. Uno de los personajes de Ojeda (2020) lo plantea de esta manera:

Lo llaman mal de aire, mal de altura, mal de montaña, mal de páramo, apunamiento, soroche, pero siempre que te da te quieren hacer mascar coca como si fueras una maldita alpaca, y a mí eso no me gusta. A mí eso me parece asqueroso. Una vez me dieron un té de coca y fue lo más repugnante que he probado en mi vida. Yo sé lo que es estar muy alto. ¿sabes? Yo he estado en La Paz, en Quito, en Cuzco. He

viajado mucho porque me gusta conocer sitios nuevos y culturas nuevas. Viajo, como mínimo, dos veces al año, y no a cualquier continente, sino a países donde el panorama es duro. No hago turismo chic, no señor. Yo me lanzo a la aventura y a veces eso tiene consecuencias (p. 23).

En lo que sigue se relata, desde la perspectiva de cuatro amigas, Viviana, Karina, Ana y Nicole, las vicisitudes que las turistas experimentan en este viaje. El fragmento citado pertenece a Viviana, pero en el resto del relato se leerán los testimonios de las otras tres amigas que, por cierto, pertenecen a la clase alta guayaquileña. Podrían ser parientes de Nebot. La figura central del relato, sin embargo, lo configura Ana. Ella es la razón por la cual las cuatro mujeres han decidido emprender este viaje de aventura hacia el páramo. Ana se ha divorciado recientemente, producto de un video pornográfico que ha empezado a circular y la ha expuesto no solo con su familia, sino con toda la sociedad guayaquileña de élite.

Ojeda (2020) es magistral en narrar este tipo de escenas. El video que circula, y que todas sus amigas han visto, contiene imágenes muy fuertes que incluyen penetración anal, sangre y excrementos. También se debe aclarar que la mujer en cuestión es una señora con obesidad mórbida y que, en general, se siente avergonzada por la desbordada circulación de ese material:

¿Que en qué estaba pensando mientras subíamos a la montaña, niño? Pensaba en mí misma abierta de piernas sobre la cama. En mis muslos gordos, arrugados, con mesetas y hundimientos de piel de naranja. En mis venas azules, rojas y verdes hincadas igual que lombrices de mar [...] En mi cuerpo de luchador de sumo, de elefante, de foca, agitándose nauseabundantemente, ridículamente, repugnantemente. En cómo él coge la cámara y me enfoca el ano con hemorroides y me mete el dedo y sangro y suelto caca (p. 47).

Ahora bien, el clímax del relato ocurre cuando en medio de la caminata Ana, la mujer del video, se ha detenido sobre un par de piedras, se ha bajado los pantalones y se ha dispuesto a orinar en frente de sus amigas. Esto produce estupor en todas ellas y la picardía del cuento consiste en jugar con las percepciones que cada una de ellas tiene sobre esa imagen. Tengo particular interés por la mirada de una de ellas (Karina, la escritora):

No quería ver el cuerpo de Ana, esa es la verdad. Yo creo que ella lo sabía y nos estaba poniendo a prueba. Todas fallamos, por supuesto. ¿Me das una calada? Gracias, querido. El sendero estaba limpio, durante el ascenso no nos encontramos ni una sola alma salvo en esos breves segundos en los que vi a un indio a lo lejos, más arriba, mirándonos con un poncho rojo y un bastón de madera. Te lo cuento ahora porque cuando Ana salió corriendo el indio también lo hizo y fue como si los dos fueran la misma persona, solo que en distintos sectores de la montaña. Te parecerá una locura, pero casi juraría que vi al indio correr de espaldas. Se me heló la sangre. Todo esto lo vi al final, por supuesto, y ya no pude hacer nada. Tal vez fue el soroche [...], pero como le di la espalda solo vi el final, cuando Ana y el indio se lanzaron. ¿Un cóndor? ¿Quién te dijo eso querido? (Ojeda, 2020, p. 38).

Hay varios elementos de este fragmento que resultan fascinantes. En primer lugar, el hecho de que este paisaje sea narrado por Karina, la escritora del grupo. En el relato se nos hace saber que es ella quien tiene la idea del viaje, aunque hubiera preferido otro destino, “una ciudad moderna”, por ejemplo. Se revela también que Karina es una escritora de ciudad, como la propia Ojeda, aunque basta leer unas pocas líneas del relato para comprender que Ojeda propone una parodia y que muy probablemente se parece a aquellas colegas que conforman ciertos grupos literarios de élite en la ciudad de Guayaquil. A través de esta caricatura, Ojeda

toma distancia de estas propuestas políticas y literarias, tal como lo hizo en su última novela *Mandíbula*, donde critica a la más recalcitrante sociedad conservadora de la ciudad portuaria. Karina tiene una visión fantasmagórica del páramo y solo puede entender al indio como un símbolo, en el fondo, ilegible.

Este es el segundo elemento que se rescata: la relación entre el páramo y el indio. Resulta llamativo que durante el ascenso al páramo andino las mujeres no se encuentren con un indio en su camino. Se trata de un páramo vacío, en el cual los indios parecen siempre estar borrados del paisaje, excepto cuando aparece la oportunidad de la metáfora. Esto es sin duda algo inverosímil en un viaje hacia los Andes ecuatorianos. Más allá del problema de verosimilitud, que puede ser anecdótico, resulta decidora la forma un tanto esquiva en la que el indio ha sido puesto en escena, solo hacia el final del relato. En primer lugar, su aparición es más o menos sombría, pues lo hace de manera difusa y espacialmente distante (se dice que está allí arriba, entre la niebla) y, en segundo lugar, aparece equiparado o, incluso, fundido con Ana, la mujer gorda que está orinando. Cuando Ana sale corriendo y se avienta hacia el precipicio, ya en el remate del relato, aparece de la nada la figura de un cóndor que es caracterizado como un ave monstruosa, aunque magnífica. El cóndor —ya lo sabrán los lectores de Dávila Andrade— es inequívoca representación mítica de lo andino y, en este cuento, también de lo indígena como si fueran uno y el mismo.

Ojeda busca producir un efecto y no cabe perder de vista que se trata de un relato de ficción, sin embargo, los elementos utilizados para crear ese efecto nos dan mucho que pensar sobre el modo en que están representados el páramo y el indio en el imaginario de la escritora ecuatoriana. No parece menor, así mismo, el valor simbólico que se produce con la imagen de Ana orinando sobre unas piedras. La imagen escatológica del personaje de Ojeda hace pensar que hay una resistencia para relacionarse con la complejidad que esconde el páramo andino y, sobre todo,

con sus habitantes indígenas. Contrario a sus personajes, la escritora ecuatoriana sí se propone indagar en los profundos desfiladeros de la mitología andina, como lo prueba en sus otros relatos, aunque lo hace de un modo que quizá convenga llamar turístico y, en ese sentido, su aproximación al páramo no es fundamentalmente distinta a lo que observamos en los personajes de “Soroche” que, al fin y al cabo, van al páramo de vacaciones. ¿Es por eso que el indio no termina por aparecer en todo el libro? ¿Es por eso que el indio no asoma como sujeto sentimental y, mucho menos, hace parte de la economía social que está en juego en el relato? ¿Por eso se convierte en cóndor, es decir, en símbolo?

“El mundo de arriba y el mundo de abajo”

En mi criterio, este es el cuento mejor logrado de la colección, por su complejidad narrativa y la tensión emocional que está impresa en cada escena, mientras perseguimos a un padre que busca resucitar a su hija. El cuento hace una clara referencia a la novela inacabada de José María Arguedas *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, que no es asunto menor puesto que se trata de una obra que, precisamente, pone en conflicto la cultura quechua de los Andes peruanos con las apropiaciones blanco-mestizas de ese imaginario. Un estudio más profundo sobre las críticas que plantearía Arguedas sobre el trabajo de Ojeda queda pendiente para un futuro trabajo. Por ahora, basta señalar la referencia al peruano, aunque sea para decir que, pese a la plasticidad del cuento de Ojeda, resulta difícil, nuevamente, encontrar una imagen clara del indígena.

Vale destacar, por otra parte, la riqueza poética que tensiona este relato. El relato está contado en doce fragmentos titulados “Piedra I”, “Piedra II”, etcétera, a través de un narrador en primera persona que está en una especie de trance alucinatorio y poético en el cual se refiere a sí mismo en los siguientes términos: “Escribo: aprenderá a caminar y a hablar como antes. Soy el padre y el chamán. Soplo adentro de su

boca. La insufla de vida agreste. Le enseñaré a ponerse los zapatos. Le enseñaré a darle gracias a la hierba” (Ojeda, 2020, p. 115).

El dolor de esta muerte lo lleva a intentar una suerte de resurrección, aunque de una manera particular: usando el cuerpo de su mujer. La idea es que el narrador-protagonista pueda transmigrar el alma de Gabriela al cuerpo muerto de su esposa: “Así lo hice porque ese era el deseo de mi mujer y el mío propios” (Ojeda, 2020, p. 101). Lo que observamos después es el tránsito de este hombre hacia las más altas montañas de los Andes ecuatorianos donde intuye que logrará devolver —allí y no en otra parte— la vida a su hija. El páramo, otra vez, como mito-poema.

Vale destacar, entonces, algunos elementos. Por los primeros indicios que nos ofrece el relato, podemos inferir que el narrador-protagonista y su familia, son mestizos. No solo el nombre de Gabriela parece así sugerirlo (aunque, claro, no es nada extraño que los indígenas utilicen nombres castellanos para bautizar a sus hijos), sino también en la escena que se lee en el siguiente pasaje:

Los pájaros cantaron en su alto vuelo. Los indios lo gritaron con sus miradas cenagosas: Invasores. Terratenientes que juegan a la andinidad. [...]. «Esos salvajes le echaron un mal de ojo a nuestra guagua», dijo mi mujer mordiendo las rodillas. [...]. A lo lejos, los indios del pueblo miraron con desconfianza nuestra casa (Ojeda, 2020, p. 102).

Contrario a “Soroche” en este cuento aparece un verdadero conflicto entre los personajes blanco-mestizos y los personajes indígenas. Más adelante sabemos que los indios del pueblo, “salieron de sus chozas para rodear nuestro terreno. Invasores nos llamaron. Terratenientes que juegan a la andinidad” (Ojeda, 2020, p. 104). En otras palabras, lo que vemos transcurrir en el trasfondo de este relato es un problema de tierras, si bien el interés central del cuento es

dar cuenta de la experiencia mística que sigue el viaje del hombre hacia la cumbre de algún volcán nevado de los Andes.

No es menor establecer aquí un punto de tensión: la comunidad organizada y en resistencia contra la familia tipo burguesa blanco-mestiza que ha invadido un terreno. Este conflicto, sin embargo, queda eclipsado por el viaje místico hacia la cumbre, donde, sin embargo, van a aparecer nuevamente varios indios, aunque siempre como parte del paisaje telúrico de los altos Andes, por momentos, parece un libro del fotógrafo Jorge Anhalzer.

Es cierto que en el camino una mujer india le ofrece ayuda —son las hojas de coca que una de las mujeres del anterior cuento despreciaba—: “«Para usted y su guagua», me dice, pero yo sigo escribiendo sobre las piedras” (Ojeda, 2020, p. 114); Resulta claro que de este fragmento podemos concluir que, nuevamente, el encuentro con el indio queda reducido a una representación difusa donde lo que importa es “seguir escribiendo”. No hay duda de que el tránsito del protagonista, además, está determinado por cierta aproximación turística del mundo andino que queda sugerido en dos de los fragmentos (el IX y el XI) titulados “Primer refugio” y “Segundo refugio”, nombres que se utilizan para designar las posadas destinadas para los turistas que visitan volcanes como el Cotopaxi o el Cayambe.

Aunque el cuento ofrece, muy al estilo de Mónica Ojeda, detalles terroríficos, como el hallazgo de un panel de huesos que claramente son los rastros de otras niñas presumiblemente asesinadas por los indios, es importante volver sobre la tensión señalada anteriormente para ensayar una interpretación de este relato. El relato de Ojeda no está interesado darle sentido al conflicto presentado con los indios, aunque es cierto que lo sugiere con varios destellos que forman, sin embargo, parte del paisaje de fondo del relato. En su lugar, estiliza un viaje místico que podría ser calificado como un intento de reconstitución de la familia tradicional, a

través de la resurrección de la niña muerta en el cuerpo de la madre. Evidentemente, el incesto (tema, por cierto, importante en la obra de Ojeda), ofrece otra vía analítica, aunque en una clave psicoanalítica que contiene, sin duda, una crítica de la familia burguesa blanco-mestiza, como lo ha hecho en varias de sus obras.

En definitiva, la obra de Ojeda nos permite diagnosticar un síntoma de los modos de representación de lo indígena en estos momentos tan complejos para el país. Al revisar estos relatos, y dada la importancia que ha tenido la escritora guayaquileña no quedan dudas de que allí se puede observar qué tipo de relatos se construyen desde el campo literario sobre el mundo indígena en la actualidad. Octubre de 2019 no ha tenido cabida en esta obra ni en otras literarias contemporáneas y, a decir, verdad, no es un asunto que les interese a los escritores de la generación de Ojeda, con el caso excepcional de Natalia García Freire, aunque su novela, *Nuestra piel muerta* (2019), también se ha leído, en la clave del gótico andino.

Se presenta una reflexión sobre las demandas históricas del levantamiento de octubre de 2019 que se han continuado en 2021, en especial sobre Leonidas Iza que, quizá, aparece en el relato de Ojeda, “Soroche”, como ese distante indio “de poncho rojo” probablemente como resultado de una alucinación o una distancia insondable respecto de la cuestión andina. Esa problemática, no se resuelve en el campo de lo simbólico, sino en otro terreno de disputa: el campo de lo político. La escritora guayaquileña produce una percepción del mundo andino que, si bien es cierto, es emocionante y respetuosa a la vez, no está interesada en observar la densidad política que atraviesan estos problemas de representación. Para Ojeda, como para una parte del sector cultural ecuatoriano, la cuestión indígena no deja de ser un problema de “identidad” y, en algún sentido, “mitológico”, es decir, meramente simbólico. En contraste, Iza plantea un cambio en los términos de esta conversación y ofrece una mirada que conviene observar desde la crítica de la economía política,

pues allí se encuentra la clave del momento político que vive el Ecuador contemporáneo, como lo plantea en sus reflexiones sobre la rebelión de octubre tanto como en sus apariciones públicas de los últimos años.

3. Leonidas Iza y su mirada desde la crítica de la economía política como contrapunto al discurso indetintarista del indigenado

El primer fragmento que se lee en *Estallido: la rebelión de octubre en el Ecuador* asegura

Once días de lucha atravesaron, como una lanza la historia ecuatoriana en octubre de 2019. Se hermanaron las batallas libradas por los pueblos en otros puntos de Latinoamérica y el Caribe, durante el turbulento período de crisis civilizatoria. Sus múltiples contradicciones emergieron en *las luchas contra el capital*, y fueron sostenidas por la clase obrera, los campesinos e indígenas, la juventud y las mujeres, en distintos lugares del mundo (Iza et al., 2021, p. 39; las cursivas son propias).

Como vemos, el comienzo del libro coloca como el corazón de su relato “la lucha contra el capital” y no, como podría esperarse, la reivindicación de los pueblos indígenas, tal como podría preverse viniendo de Leonidas Iza. Posteriormente, detalla el sentido y la especificidad de esa lucha:

En el cauce de Octubre confluyeron — como arroyos que se forman y brotan en los páramos, las selvas, los llanos y las ciudades— distintas luchas, frente a las diversas formas de acumulación capitalista. Se maceraron, a través de los años, energía e indignación, derivadas de la precarización de las condiciones laborales, el despojo de territorios y los efectos colaterales del extractivismo; sumados a la feminización y racialización de la explotación. La contradicción irresoluble del capital frente al trabajo, la naturaleza, las mujeres, etc., es el origen

del deterioro de la existencia humana y la Pachamama. De ahí que la Rebelión haya abarcado, con tanta intensidad, a sectores tan diversos (Iza et al., 2021, p. 39).

Con lo sugerido anteriormente no se busca afirmar que la cuestión indígena haya sido sacada de la ecuación. Al contrario, ciertos conceptos o categorías provenientes de la cultura kichwa han sido utilizados para comprender la crisis civilizatoria actual. El concepto de Pachamama es, por supuesto, el que más destaca. Sin embargo, resulta más relevante cierta dimensión nacional y, aun, global que late en este discurso.

En primer lugar, y volviendo al asunto del páramo, vale señalar la metáfora utilizada por Iza para caracterizar el sentido plural que adquirieron los eventos de octubre de 2019. Allí no se utiliza simplemente la imagen del páramo, sino otras que completan, por así decirlo, el panorama paisajístico del Ecuador, lo que contrasta drásticamente con la imagen procurada por los cuentos de Ojeda. Esto no es menor, porque además esta metáfora proteica sugiere una convergencia inevitable entre diversos sectores del Ecuador en un sentido histórico más preciso y de dimensión nacional (no regional). En el discurso de Iza aparece una continental y global cuando se habla de otras luchas que se emprendieron en distintos lugares de América Latina y el mundo alrededor de esas fechas. Esta dimensión global, nos hace entender de manera mucho más clara que la lucha de octubre de 2019 no se reduce a un problema coyuntural de la política ecuatoriana y de la subrepresentación del imaginario indígena, sino de un problema estructural del sistema capitalista: “Las causas de la Rebelión de Octubre no fueron coyunturales: son estructurales. No fue un problema particular: es una crisis integral, civilizatoria, sistémica” (Iza et al., 2021, p. 53).

¿Cómo aparece esa crisis en las demandas de la CONAIE? Como se ha planteado al principio, los acontecimientos de octubre de 2019 se agudizaron a causa del decreto N° 883

emitido por Lenin Moreno. Allí se establecía principalmente la eliminación del subsidio a los combustibles. Ecuador mantiene una relación históricamente tensa con este subsidio, pues en varias ocasiones ha sido motivo de levantamientos populares similares al de 2019. Adicionalmente, el decreto 883 materializaba un programa de ajuste acordado entre el gobierno de Moreno y el FMI a cambio de un desembolso de alrededor de 4 mil millones de dólares, que solo significaban un peldaño más en un agresivo proceso de endeudamiento avanzado por ese gobierno.

Ahora bien, desde 2015 la economía del Ecuador atravesaba una crisis producida por dos fenómenos fundamentalmente: el descenso en los precios internacionales del petróleo y el terremoto que sacudió Manabí en abril de 2016. El entonces presidente del Ecuador, Rafael Correa, calificó a esta serie de eventos como “la tormenta perfecta”. Lo cierto es que la economía del Ecuador decreció durante los años 2015 y 2016 y aunque se pudo apreciar una leve recuperación en el año 2017, el gobierno de Lenin Moreno, encontró los modos de dar continuidad a la agenda del FMI y de las élites ecuatorianas, sobre todo las bancarias y las relacionadas con los grandes medios de comunicación.

El panorama en los dos primeros años de Moreno se fue rápidamente degradando y el descontento popular arrecia especialmente pasado el segundo año de su gobierno. Al inicio de su mandato los índices de aprobación de Moreno rebasaban el 70%, según varias encuestadoras, mientras que en octubre de 2019 esos mismos números estaban por debajo del 15%. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo un presidente que, a pesar de apenas haber ganado las elecciones y una consulta popular gozaba de tan poco apoyo entre los ecuatorianos? La respuesta más sencilla —pero no necesariamente la de mayor interés— tiene que ver con los entramados políticos que tuvieron lugar tanto en Carondelet como en la Asamblea Nacional. El gobierno de Moreno dio un marcado giro hacia la derecha y se alió con

los otrora enemigos de la Revolución Ciudadana liderada por Rafael Correa. Este giro estuvo, ciertamente, concertado por distintos grupos de poder que incluyó la ya mencionada banca y los medios de comunicación que lograron instalar —al igual que en Brasil y en Argentina— una narrativa sobre la corrupción del gobierno progresista de Correa, que rápidamente tuvo un correlato en los principales órganos de control del país, como la Fiscalía General y la Contraloría. Resultado de aquello fue la destitución y encarcelamiento del entonces vicepresidente Jorge Glas, que empezaba su segundo período en ese cargo.

Como se argumentó anteriormente, sin embargo, estas son solo las razones coyunturales expuestas por la CONAIE. En su diagnóstico de la situación, Leonidas Iza expone cuatro condiciones que provocaron el estallido octubrinero.

En primer lugar se refiere a “la precarización de las condiciones de existencia de la mayoría de la población” (Iza et al., 2020, p. 54) a causa de la naturaleza extractivista de la economía ecuatoriana, que la ha hecho cada vez más dependiente de los precios internacionales del petróleo y que ha “obligado” a los distintos gobiernos a dar un giro hacia una “intervención estatal desreguladora”, que desemboca en un retroceso de derechos laborales adquiridos históricamente. Vale aclarar que esta dependencia del modelo extractivista dependiente no es una característica del gobierno neoliberal de Moreno, sino también del gobierno progresista de Correa. En otras palabras, la Revolución Ciudadana no consiguió revertir las condiciones de dependencia que han determinado históricamente la economía del país andino (esto se desarrollará con atención más adelante).

En segundo lugar, Iza se refiere a la pérdida de confianza en las instituciones del estado profundizado, acaso, por el rol cada vez más decisivo de los medios de comunicación. Aunque es cierto que el correísmo logró mantenerse en

el poder, tanto en la presidencia de la república como en la Asamblea Nacional, es cierto también que fue blanco de varios intentos de desestabilización, sobre todo protagonizada por ciertos sectores de poder fácticos y protofascistas que no veían con buenos ojos ciertas políticas redistributivas avanzadas durante esos años. Un ejemplo de aquello fue la rebelión policial del 30 de septiembre de 2010 o bien las numerosas marchas lideradas por líderes de extrema derecha, como Jaime Nebot, en nombre, por ejemplo, de la libertad de expresión. La propia CONAIE mantuvo una muy tensa relación con el correísmo, por ejemplo en el llamado “caso Dayuma” de 2007, la actual presidenta de la Asamblea Nacional, Guadalupe Llori, fue detenida por protestar contra una petrolera. En suma, pese a la aparente estabilidad política propiciada por la alta popularidad del correísmo, estos eventos representan más una continuidad que una ruptura respecto a la histórica fragilidad institucional y democrática del país andino. Solo así podemos entender que al gobierno de Moreno le hayan bastado apenas seis meses de gobierno para desmontar buena parte del aparato burocrático construido por la Revolución Ciudadana.

En tercer lugar, Iza hace referencia a la escalada de la conflictividad en varios sectores del país. Este punto es relevante, pues, como se dijo anteriormente, el levantamiento de octubre aglutina no solamente las demandas e inconformidad de los sectores asociados a la CONAIE, sino a otros sectores como sindicatos de trabajadores, colectivos feministas, colectivos ecologistas, estudiantes y otras minorías raciales del Ecuador representadas en los grupos montubios y afroecuatorianos. También vale considerar como un factor de la crisis otros dos elementos. Primero, la crisis migratoria venezolana que ha tenido como uno de sus destinos al Ecuador, un país muy poco preparado para atender las necesidades de los migrantes. Por otro lado, la escalada de conflictividad en la frontera ecuatoriano-colombiana que se materializó con el secuestro

de tres periodistas del diario El Comercio que fueron finalmente ejecutados tras un deficiente manejo de la crisis del presidente Moreno.

En cuarto lugar, Iza se refiere a la propia organización de base de la CONAIE como el espacio histórico concreto donde se resuelve interrumpir todo tipo de diálogo con el gobierno de Moreno y se decide, en asamblea anual, responder al Decreto 883 en las calles. Insisto, esta parece una reacción coyuntural, pero no debe entenderse si no es en los términos históricos de la CONAIE como uno de los movimientos sociales más importantes del continente. En criterio de Iza el sentido de la lucha octubrina debe entenderse junto a otros procesos de resistencia ocurridos antes, durante y después de la llamada Revolución Ciudadana. En otras palabras, para la CONAIE, las condiciones materiales de existencia, sobre todo de los sectores más empobrecidos del Ecuador no han sido estructuralmente resueltas.

Ahora bien, los números reportados por el gobierno de Correa, en cuanto a reducción de la pobreza, ciertamente contradicen lo que trato de defender en el anterior párrafo. Según el Reporte de la Pobreza 2004-2016, la incidencia de la pobreza descendió del 39 al 25 %. ¿Por qué insiste la CONAIE, entonces, en esa narrativa? ¿Por qué no reconocer que el correísmo supuso una ruptura o al menos un paréntesis en la historia del capitalismo ecuatoriano? La respuesta de Iza se plantea en los siguientes términos: “El método más adecuado para comprender el desarrollo del capitalismo en el Ecuador es la crítica de la economía política: estudiar la economía atendiendo a las clases sociales que se benefician de la riqueza creada por el trabajo y a las condiciones de la generación de la misma” (Iza et al., 2021, p. 55).

Con el uso de este método Iza enumera seis elementos que deben considerarse utilizando esta metodología y que, en definitiva, explican las razones estructurales detrás del estallido de octubre, a saber: la dependencia económica al mercado mundial, el crecimiento sostenido

de la deuda externa, la descarga de la crisis sobre la clase trabajadora, la naturaleza extractivista de la economía, la intervención estatal desreguladora y la aplicación de una agenda “mixta” entre keynesiana y neoliberal (heterodoxa y ortodoxa). Cada uno de estos elementos son atribuibles también al gobierno de Correa.

El elemento que interesa destacar en este análisis es el primero, la dependencia económica al mercado mundial a la luz del concepto de superexplotación de la fuerza de trabajo avanzado por la teoría marxista de la dependencia y contrastarlo con algunas de las últimas apariciones públicas del presidente de Leonidas Iza.

Como se sabe el concepto de superexplotación de la fuerza de trabajo ha sido objeto de varias controversias en los distintos debates que suceden a la teoría marxista de la dependencia Dias Carcanholo (2013) propone la siguiente explicación:

No es una casualidad histórica que esa teoría empiece a ser rehabilitada a partir de la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado, y de forma más intensa en este siglo XXI, justamente en el momento en que se ha verificado la agudización de la condición dependiente de las economías periféricas, en función de la implementación intensiva y masiva de la estrategia neoliberal de desarrollo (p. 93).

Este relato es coherente, por un lado, con la percepción que tiene Iza de una continuidad histórica que no distingue un quiebre entre antes y después del correísmo, sino que simplemente el correísmo es una etapa más en un proceso de neoliberalización de la economía, donde prevalecieron algunas tesis desarrollistas neokeynesianas. Por otro lado, lo que plantea Dias Carcanholo está vinculado con la insistencia de Iza al referirse a la dependencia económica del mercado mundial, particularmente en lo relativo a los precios del petróleo.

En este punto cabe volver a las propuestas programáticas entregadas por Leonidas Iza como presidente de la CONAIE a la oficina de Guillermo Lasso. Vale recordar, así mismo, que tras el levantamiento de Octubre de 2019 y tras un diálogo público mantenido con el entonces Presidente Lenin Moreno, se logró derogar el decreto 883. Sin embargo, y a pesar de la gesta histórica de los movimientos populares, Moreno logró desactivar los subsidios durante la pandemia global aprovechando el confinamiento y la poca capacidad de movilización. Los precios de la gasolina subieron sin resistencia. El cambio de gobierno no supuso una lógica diferente y solo en los primeros seis meses del gobierno neoliberal de Lasso se incrementó casi en un 5% el galón de gasolina.

¿Pero por qué tanta insistencia en los precios de los combustibles? La pregunta parece un poco vaga y quizá ingenua de mi parte, pero es en el precio de los combustibles donde se materializan los esfuerzos organizativos de la CONAIE por resistir a los problemas estructurales del capitalismo ecuatoriano en su fase neoliberal. En una entrevista concedida al canal Ecuavisa, el periodista Lenin Artieda (2020) exhibe unos números sobre el incremento de la gasolina y cómo ese incremento ha significado un descenso en el precio de los alimentos, cifras que también muestra en la pantalla. Finalmente, Artieda ha llegado a la conclusión que Iza quería avanzar en su programa: mientras los precios de los combustibles suben y los de los alimentos bajan los principales afectados son los productores de esos alimentos.

Mientras Iza mira incrédulo al periodista, el periodista no termina de comprender la razón para tanta convulsión, al fin y al cabo, si los precios de los productos son más baratos, en general, eso debería ser positivo para la población. Resulta evidente que Artieda (2020) observa el fenómeno desde el punto de vista del consumidor, que si bien ha visto afectado su bolsillo cuando va a la estación de servicio, se ve recompensado cuando va a hacer compras al mercado. Artieda ignora (o decide ignorar)

que durante los casi dos años de pandemia, fue precisamente el sector agrícola y de producción de alimentos en el Ecuador, el que supo mantener la soberanía alimentaria del país. Lo que no observa Artieda es que el precio de los combustibles afecta de manera profunda a los campesinos y que esa es la razón de las protestas.

Me parece que la incompreensión de Artieda (2020) resulta sintomática del modo en el cual se han interpretado los acontecimientos de octubre de 2019 y los que le siguieron. Persiste la idea de que el movimiento indígena solo tiene permitido avanzar una agenda basada en la reivindicación histórica de su cultura y que carece de intereses económicos de clase en el pacto económico nacional. Esta incompreensión no es solo propia de los sectores más recalcitrantes de la burguesía ecuatoriana de la cual Artieda es su vocero, sino que es una perspectiva compartida, paradójicamente, por sectores que teóricamente son aliados de la CONAIE y que así lo hacen saber públicamente con entusiastas muestras de apoyo ante los procesos de organización y protesta. Sin embargo, me parece que vale la pena revisar cómo ese apoyo se metaboliza en el campo simbólico a través de las obras artísticas que el campo cultural ecuatoriano produce alrededor de estos acontecimientos. Por supuesto, queda revisar desde una perspectiva sociológica si las obras a las que hago alusión pertenecen a ese sector de aliados al movimiento indígena.

En lo concerniente a la literatura local, resulta fascinante que sea Mónica Ojeda quien haya sido, en cierto sentido, la primera en reaccionar, a este momento histórico con su libro de relatos. Enfatizamos irónicamente el verbo reaccionar, porque es claro que la autora guayaquileña no escribió un libro sobre las protestas de 2019 —tampoco ese es su trabajo—, sin embargo, su libro nos ayuda a indagar en los modos de representación simbólica del sujeto histórico que parece estar en juego en su obra reciente: los indígenas. Como he sostenido a lo largo de mi análisis, los personajes indígenas parecen esquivados por la narradora ecuatoriana, y

cuando aparecen lo hacen de manera secundaria e, incluso, como parte del paisaje telúrico-mitológico que es el que parece interesarle y que representa metonímicamente con la imagen del páramo. Incluso esto parece cierto en el relato que le da nombre a la colección, pues se trata sobre sino un conflicto familiar (¿quizá una violación de un padre a una niña?) en el que las figuras mitológicas, las voladoras, aparecen para tensionar simbólicamente el drama familiar: pero en su dimensión mito-poética.

Es por ello que se ha revisado con detalle el argumento de Iza, precisamente, para establecer un contrapunto entre las demandas reales del movimiento indígena —en su asociación estratégica con los sectores populares— y su representación más potente en el campo literario local reciente. Desde este punto de vista es posible obtener diálogos fecundos e interesantes en esa lectura “cruzada”, pero también aporías y malentendidos. Se ha hecho énfasis en los segundos, porque resultan más urgentes de discutir, tomando en cuenta la situación actual del país. Simultáneamente, esta brecha nos ayuda a localizar el lugar que ocupa la literatura en medio de la crisis de violencia que atravesamos. Es decir, ¿puede ayudarnos la literatura —todavía— a dar cuenta con suficiente complejidad del momento histórico en el que vivimos, sobre todo en lo concerniente al movimiento indígena y su despliegue simbólico en el imaginario nacional?

¿Ha logrado la obra de Ojeda producir un tejido simbólico lo suficientemente espeso para dejar ver las tensiones políticas que subyacen ese páramo que parece fascinarle? La impresión es que *Las voladoras* no hacen este trabajo completamente, pero sin duda abren una hendidura donde el campo literario ecuatoriano no ha querido meterse últimamente. Quizá una respuesta más interesante pueda observarse en su última novela *Chamanes eléctricos* en la fiesta del sol, de reciente publicación y que será objeto de un futuro trabajo.

Referencias

- Artieda, L. (2020). *Entrevista en Contacto Directo con Lenin Artieta*. <https://www.facebook.com/DefensoriaEC/videos/345045013254208>
- Cornejo Polar, A. (2016). *Escribir en el aire: ensayos escogidos*. Casa de las Américas.
- Dias Carcanholo, M. (2013). “(Im)precisiones acerca de la categoría superexplotación de la fuerza de trabajo” en *Razón y Revolución*, 25, 91-124.
- Engels, F. (2019). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Biblioteca Pensamiento Crítico.
- Gascón, D. (23 diciembre 2024). Entrevista a Mónica Ojeda: “Estoy haciendo un abordaje del horror familiar”. *Letras libres*. <https://letraslibres.com/libros/entrevista-a-monica-ojeda-estoy-haciendo-un-abordaje-del-horror-familiar/>
- Jameson, F. (1983). *The Political Unconscious: narrative as a socially symbolic act*. Routledge.
- Marini, M. (1981) *Dialéctica de la dependencia*. Era.
- Iza, L., Tampia, A., Madrid, A. (2021). *Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador*. Fondo de cultura económica.
- Marx, C., Engels, F. (1940). *Sobre la literatura y el arte*. Editorial problemas.
- Ojeda, M. (2020). *Las voladoras* [e-book]. Páginas de espuma.
- Ojeda, M. (18 de julio de 2021). *Tweet*. <https://x.com/MonaOjedaF/status/1416711895260831746>
- Ouviña, H. (2021). “De regreso a octubre (prólogo)” en Iza, L., Tampia, A., Madrid, A. (2021). *Estallido: La Rebelión de Octubre en Ecuador*. Fondo de cultura económica.